
1

Mi vida fueron varias vidas

No sé cómo empezar esta historia. Lo diré en desorden porque así se me viene a la cabeza: Que cierta vez, de niña, caminábamos por la orilla de un río seco cuando bajó una parvada de cóconos, como asaltantes. Eran unos cincuenta cóconos salvajes gorgoreando, y al frente, inflado y con la cola en abanico, el macho. Me atacó sin darme tiempo para pensar. Me brincó al pecho y me tiró al suelo. Me dio dos espilonazos y el tercero fue directo a la pierna, al muslo, muy cerca de donde corre una vena gorda y caliente. Así lo dijo mi mamá: “La vena gorda, caliente. ¿En dónde te metes, chamacaca? Te raja la vena y te mueres, ¿qué no sabes?”. Yo lloraba porque no entendía que los cóconos, como los hombres, no necesitan razones para ser feroces y atacar.

Y otro día, íbamos por la parte alta de ese mismo río seco y vimos abajo a una mujer que gritaba: “¡Oigan, oigan, ustedes! ¡Acá, abajo! ¡No volteen que me estoy bañando!” Era alta y fuerte y después la conocí de cerca y era aún más alta y más fuerte. Una mujer que se enredaba en una sábana cortada a la perfección para que no le cubriera las carnes. Mi padre miraba esas carnes, recuerdo. “No volteen”, decía ella.

Y claro que volteamos. Claro que volteó papá. Eso recuerdo. Yo era una niña.

Recuerdo como si fuera ayer el día en que mamá nos sentó a todos en la cocina y frente a ella estaba una fruta rara, llena de espinas. “Es una piña”, nos dijo. Nunca antes habíamos visto una piña. “Viene de muy lejos”, explicó, “del mar”. Entonces le cortó el copete greñudo y verde, y la fue desnudando con cuidado. Nos enseñó a quitarle la carnita a las cáscaras con los dientes. Nos dio una cáscara a cada quien, y ese sabor dulce y ácido se nos hizo exquisito, pero lo mejor estaba por llegar: partió la piña en cubos y le puso unas gotas de limón y de vinagre, y sal y chile en polvo, y nos fue dando en la boca pedazos que sabían a cielo. Después, recuerdo, lavó las cáscaras mascadas por sus hijos y las puso en un frasco grande con un trozo de piloncillo y agua a tope. Días después nos dio a beber tepache, que es agrio y dulce, que sabe a gloria cuando está frío y afloja un poco el estómago. Mis hermanos y yo volvimos a ver una piña muchos años después, en el mercado, cuando ya éramos grandes.

En otra ocasión, estábamos sentados en las piedras del río seco cuando llegó un joven de mi edad con cuerpo de rana y cabello lacio, y dijo que hablaba inglés. “Habla inglés, viene de Estados Unidos”, comentó alguien. Y se soltó hablando inglés. No le entendíamos una palabra porque hablábamos español y porque él no hablaba inglés. Se lo digo porque después así

me lo dijo: “No hablo inglés”. Prometí guardarle ese secreto, hasta hoy, que ya no importa. Venía del sur. Él y su familia venían del sur e iban más al norte. Se quedaron en el pueblo porque les faltó dinero para cruzar a Estados Unidos. Él se inventó la historia de que habían ido y vuelto y que él era mejor que nosotros: que hablaba inglés.

Ya no sé si esto es parte de la historia que iba a contarle: Que una mujer me tocó los senos y sentí un desmayo. ¿Qué importa que lo cuente ahora? Sucedió cuando era adolescente y todavía no me casaba. Algo muy parecido sentí cuando nos alcanzó la crecida del río. Fue un sobresalto porque no sabes de qué se trata. Llovía en la sierra y nos dijeron que no nos bañáramos en el agua del río porque llovía en la sierra y vendría la crecida. Sientes el agua en las piernas y en un segundo está en tu pecho y volteas y todos están nadando desesperados, sin los pies en el suelo. Crecida de río. Había un piano en la casa principal del pueblo, en un cuarto que estaba pegado a la ladera. Dicen que la crecida se llevó el piano con todo y cuarto, aunque yo recuerdo por mi propia experiencia cómo nos arrastró el río; a nosotros, los chicos. Y recuerdo cuando los mayores fueron a recogernos a un banco de arena hasta donde nos lanzó, por fortuna, la crecida. Por fortuna para algunos. Otros estaban muertos. Éramos unos chiquillos. Teníamos miedo sólo cada muchos días. No tuvimos miedo a la crecida y mató a mis

amigos y a dos hermanos. No me mató a mí porque si me hubiera matado, no estaría aquí para contarlo.

Recuerdo también un abrigo negro, un maquinof. Nos dijeron que perteneció a un marino de Estados Unidos. Qué abrigo más bonito, con dos hileras de botones grandes, cruzado, y con unas solapas anchas que se podían desdoblar para taparte el pecho en las nevadas. Lo usamos todos nosotros, los doce hermanos. O los diez, más bien, porque dos murieron en la crecida del río. El grande se lo iba heredando al siguiente conforme ganaba estatura. Los más chicos estuvimos pendientes durante años a que los otros crecieran para heredar el abrigo. Hombres y mujeres por igual, ¿qué importa? Mamá decía que esos abrigos se hacen para hombres y mujeres porque duran mucho y así los puede usar una familia completa. El maquinof negro llegó a mi hermano menor ya muy raído: cuando se lo entregué se le rodaron las lágrimas. El maquinof nos hizo muy felices durante años. Le inventamos una historia a ese abrigo; una historia y una carta: decíamos que era el regalo de un tío que había combatido en alguna guerra, del lado de los gringos. Inventamos historias de valor, narradas por el tío que no regresó; sólo la carta y el maquinof.

Tuve un amor sobre todos mis amores. Nos casamos y vivimos juntos durante años y años, como lo hicieron mi madre y mi abuela con sus hombres, antes incluso de la Gran Guerra;

antes de la segunda guerra, que se llevó a muchos para el norte a trabajar al campo, a las ciudades, a las fábricas y todo por unos cuantos centavos. Mi amor no se fue porque era un hombre distinto a muchos. Estaba hecho para el comercio y tuvimos una ferretería y una tienda de ultramarinos, pero nos quedamos sin quien viera por nosotros ya de viejos. Yo no era infértil, sino él. Nunca le dije que era él. Yo lo sé porque estas cosas las sabemos las mujeres. Lo supe pero no le dije para no causarle una desilusión, para no permitirle que dudara de mí y mucho menos de su hombría. Mi amor de amores y yo vivimos juntos durante varias décadas y tuvimos fe, como Sarah y Abraham, en que aún de viejos pudiera llegarnos progenie.

Ya grandes los dos, sin hijos y sin deudas, vendimos cuanto teníamos y nos fuimos a trabajar a un rancho grande de un hombre discreto que conocimos en la tienda. La muerte alcanzó a mi hombre allí, tiempo después. Una muerte sin quebrantos y sin sufrimiento. Murió con fuerzas, mi amor; todavía con fuerzas para levantar cosechas con ayuda de otros hombres; con fuerzas para construirle al rancho un pequeño zoológico y graneros, y bodegas que discretamente, como todo allí, se hicieron bajo tierra para guardar mercancía.

Un día lo llevamos a enterrar y apareció una mujer con tres niños que dijo ser su amasia. Yo le dije: "Tú no puedes ser su amasia ni esos sus hijos, porque él y yo sabíamos que no

podía concebir”. No discutimos mucho y salió llorando. No le creí esas lágrimas. Luego fui a verla y le vi los ojos a los muchachos que dijo que eran de él. Ningún rasgo. Una sabe de eso. Con gusto los habría aceptado porque los viejos aceptamos las sorpresas y la vida misma son sorpresas, pero no eran hijos de él. Le dije eso mismo a la mujer: “No son de él”, y ella abrió su corazón y me dijo que los tiempos son duros y que se había inventado la historia para encontrarle un futuro a los muchachos. Yo le respondí que así nadie encuentra un futuro, sino con el trabajo. Ella me respondió que en esas sierras, quién encuentra trabajo. Le dije que yo, y me llamó afortunada.

Intenté ayudarla con quehaceres. Le daba empleos temporales cuando el patrón venía o cuando era la hora de levantar la huerta. Era una mujer sucia que comía con las manos, y los muchachos eran sucios como ella porque le habían aprendido el modo. Le daba sus centavos y los gastaba en trago. Para qué, dije, darle dinero. Esos muchachos crecerán como animales, pensé, porque les viene en la cuna.

Cierta vez ya no volvió, ni volvieron los muchachos; no la fui a buscar ni siquiera cuando caían las nevadas. Los dejé ir a su suerte y no tuve remordimiento, o poco remordimiento y no por ella sino por los chamacos.

En los siguientes años el rancho cambió varias veces de patrón. Dos de Sinaloa, los últimos dos de Chihuahua. No digo que el último,

Liborio, fuera malo o bueno, o tan malo o tan bueno como los otros. Lo que sucedió es que los patrones dejaron de ser importantes para mí.

La vida está llena de sorpresas, como dicen. La vida son muchas vidas, y cada vida una nueva sorpresa.

Mi vida fueron varias vidas, y ahora que llegó el final no me sorprende. Curioso que así sea. Simplemente me acomodo. Así fuimos y así somos. De eso se trata vivir, créamelo: de un acomodo tras otro. Y de eso se trata, además, la muerte.